



### CARTA III.

Melchor á Manuel.

Mérida, 30 de Diciembre de 1823.

¡Consumóse, en fin, la tan temida catástrofe! Antonio partió ayer al hospital de San Lázaro, y nosotros hemos quedado sumidos en la más profunda desolación. Se parece la de D. Pablo, á una casa mortuoria y enlutada; pero Antonio marchó con la misma serenidad, con que un hombre, resignado enteramente á la voluntad divina, acata y obedece los altos designios del cielo.

Felizmente, la enfermedad se había estacionado desde algunos días antes, en fuerza del régimen curativo que prescribieron los médicos. Antonio pudo así, en esta tregua que le concedió el mal, reunir todas sus fuerzas físicas y morales para soportar, con valor y denuedo, el amargo trance que le esperaba. Mientras

que todos nosotros vertíamos, en silencio y á hurtadillas, copiosas lágrimas, él solo aparecía imperturbable, tranquilo, y algunas veces franco y jovial. Yo creo, sin embargo, que de noche, cuando se encerraba y se separaba de nuestra vista y cuidado, cuando se encontraba solo y frente á frente con su horrible situación, con sus recuerdos y con su fantástico porvenir, entonces, daría rienda suelta á su intenso dolor; porque es imposible que en su imaginación de fuego, en su susceptibilidad tan viva, dejase de obrar poderosamente el influjo de una posición tan singular, y á la cual estaba muy lejos de creer que llegaría. ¡Tan rara y caprichosa le parecerá sin duda! Así nos lo daban á entender, en algunas mañanas, su mirar sombrío y melancólico, su voz hueca y entrecortada, y la irritabilidad de su ánimo. Pero estos episodios eran cortos, momentáneos, y sin mayor expresión; porque si D. Pablo en sus ademanes, en su acento y en todo cuanto practicaba, á vista de su hijo, daba señales de resignación y sangre fría, no era menor el afán de Antonio en disimular sus pesares, en presencia de su infeliz padre. Ambos, según entiendo, sólo aparentaban valor. Esperemos en Dios que, á la larga, lleguen realmente á obtenerlo, porque de lo contrario, uno y otro serían víctimas de la más extremada desespera-

ción. Puedes figurarte cuán triste y aflitivo sería mi papel en una escena, que se repetía á menudo. Con ambos tenía que fingir impasibilidad, cuando yo estaba sufriendo una cruel agonía, un horrible martirio, que se redoblaba más y más, al observar que hasta los parientes y los amigos más íntimos de la familia, esquivaban la casa de D. Pablo, y huían de ella, como podría huirse de un lugar inhumano y pestilente. Los únicos, además del incomparable doctor y yo, que jamás abandonamos al padre y al hijo, que visitaron con asiduidad, cariño y benevolencia al pobre enfermo, fueron el cura V\*\*\*, el padre Suárez, y el venerable cura de Temax D. Manuel Jiménez, nuestro sabio y virtuoso maestro de gramática latina, y que, desde el fondo de su prisión de estado, inculcó á Antonio las filantrópicas máximas, que hoy sirven de base á su carácter dócil, amable y tolerante, que apenas se ha alterado con la enfermedad. Todos los demás, no han dado muestras de saber lo que ocurría en aquella mansión de penas y dolores. Una especie tan chocante, como odiosa, no pudo escaparse de la fina penetración de Antonio.

—¡Ves, Melchor, díjome un día, cómo el mundo, este mundo ruín y miserable, me da nuevos motivos para no sentir su pérdida! En otro tiempo, mi casa era muy

frecuentada, y considerada por todos. Los que á ella concurrían, y se llamaban amigos, me rendían mil obsequios y miramientos. Hoy es diferente: El ídolo se ha convertido en mónstruo, el apuesto mancebo en vestiglo, y el amable Antonio en un asqueroso "lazarino." Entonces, todos huyen del mónstruo, del vestiglo, y del leproso. ¡Qué mundo, Dios mío, qué mundo!

—¡Tienes tal modo de ver las cosas! Me parece que hay demasiado con los males positivos que sufres, Antonio mío, para que vayas á creártelos facticios. ¿Por qué, pues, te atormentas así, y fijas la consideración en lo que no vale la pena? ¿No estamos á tu lado, los que te amamos con sinceridad, sin abandonarte? ¿No procuramos, en lo que cabe, dulcificar tus amarguras, y aliviar tus pesares? ¿Qué te importa lo demás?

—Bien dices, es verdad; y sabe el cielo cuánto agradezco, en lo más íntimo de mi corazón, todo lo que mis amigos verdaderos hacen por mí. Dios los bendiga á todos. Yo no me quejo, ni me lamento, por la conducta de los que antes aparentaban estimarme, ni por la frialdad é indiferencia de mis parientes: no. Quizá, yo mismo, no estaría libre de obrar del propio modo, en circunstancias idénticas. Pero me indigna, amigo mío, me indigna extraordinariamente el conocer, aunque de-

masiado tarde, que esta misma sociedad que huye de mí, sin curarse de la villanía que encierra tal proceder; esta sociedad que se horroriza al saber mi dolencia, que me proscribe de la manera más fría y salvaje, confinándome á un hospital solitario, habría, sin embargo, tolerado mis crímenes por mayores que fuesen, y tal vez los habría aplaudido. Me maldicen porque estoy leproso. Fuera yo un libertino consumado, y los verías canonizarme.

—¡Oh, no! ¡Qué trastorno de ideas, mi querido Antonio! Te dejas arrebatar, y juzgas á tus prójimos con demasiada severidad, lo cual proviene del natural disgusto, que debe causarte la indiferencia ó necedad de algunos impertinentes, en quienes no debías ni pensar, sino para compadecerlos y perdonarlos. Sí, debes hacerlo así. Tú tienes bastante cordura y buen seso, para conocer lo que puede una preocupación en ánimos vulgares, y aun en los que no lo son. ¿Qué quieres, pues? Dícenles que tu enfermedad es contagiosa, y huyen porque temen infestarse. ¿Quién les persuade de otra cosa?

—Tienes razón, querido Melchor, tienes razón. No la hay, ciertamente, para obligar á otros á hacer algo, que pudiesen ver como un sacrificio costoso. Y luego; ¿para qué? ¿Qué utilidad me resultaría de ver atormentarse á los demás, tan solo, acaso, para verlos representar, de-

lante de mí, el ominoso papel de aquellos amigos que ejercitaron la paciencia del más paciente de los hombres? Te repito que tienes razon; pero ¿mi pobre é infeliz padre también está "lazarino?" ¿No hay quien consuele á ese desventurado anciano? ¿Tan pronto se han olvidado los multiplicados beneficios, que derrama siempre sobre todos los desvalidos, que imploran su bondad? ¿No hay compasión para ese hombre?

Hablaba ya con tal vehemencia y exaltación, que temí, por algunos momentos, que volviese á caer en sus anteriores arrebatos; pero no pasó de allí. Suspiró, y luego, luego, recuperó su serenidad, y seguimos hablando pacíficamente.

Don Pablo escribió oportunamente á su corresponsal de Campeche, encargándole, con particular empeño, que dictase todas las medidas conducentes, á fin de que no faltase á Antonio cosa alguna, á su llegada al hospital. Nada ha dejado de hacerse, con el objeto de que no vaya á echar de menos las comodidades de su casa, en lo que cabe. Libros, pinturas, muebles decentes, y cuanto pueda servirle de utilidad ó recreo, todo se ha dispuesto de antemano. D. Pablo está muy satisfecho y consolado, al ver cumplidas fielmente sus órdenes.

La ocupación de Antonio, en los últimos días de su permanencia en casa, fué

muy noble y filantrópica. Repartió, por conducto del cura Jiménez, una multitud de limosnas á viudas y huérfanos desvalidos: encargó que se comprasen libros para estudiantes pobres: hizo que su padre condonase la mitad de sus deudas, á los infelices indios, que sirven en la hacienda: distribuyó una gruesa suma entre los criados domésticos; y rogó á D. Pablo, que otorgase carta de libertad al negro Joaquín y á sus dos hijos. Todo se hizo al pie de la letra, y con la mejor voluntad del mundo. D. Pablo parecía el ejecutor testamentario de su hijo.

La víspera de su partida, me leyó algunos pasajes de las "Harmonies de la nature" de Saint-Pierre. Yo le ví enter necerse extraordinariamente. En seguida tomó su flauta, que en los días anteriores ni siquiera había mirado: tocó, largo rato, unas variaciones muy tristes y melancólicas: ejecutó después la patética marcha de Luis XVI, luego la animadísima de Riego, y terminó con una extravagante variación de notas y tonos, que no producían armonía ninguna. Rompió, al cabo, en mil pedazos el instrumento; y haciendo traer un gran brasero, arrojó al fuego aquellos fragmentos, con una multitud de papeles de música, dibujos, cartas y apuntes. Todo lo vió consumirse lentamente, sin la menor muestra

de emoción; pero sabe Dios los pensamientos y los recuerdos que, en aquel momento, se cruzarían en su mente. Un solo papel reservó para sí con mucho cuidado, y yo creo que era el billete fatal de aquel infame pirata. Nada le pregunté, ni me pareció conveniente interrumpirlo en aquel desahogo, que era, sin duda, el postrer "adiós" á sus recuerdos é ilusiones.

Por la noche, el doctor y el padre Suárez se llevaron á D. Pablo; y aun hoy hubo de volver á casa, renovándole, al entrar, todas las heridas de su corazón, el llanto y los alaridos de la familia. Yo, el negro Joaquín y tres domésticos, debíamos acompañar á Antonio hasta las inmediaciones del hospital; pero al verme listo y dispuesto para emprender la marcha, se opuso tenazmente, suplicándome, con la mayor vehemencia y expresión, que no abandonase á su padre en manos de su propio dolor. En vano le hice ver que D. Pablo quedaba bien acompañado, mientras yo volvía, ó tú llegabas: nada, él insistió tenazmente, y tuve el amargo sentimiento de no llevarlo al término de su viaje fatal.

Al tiempo de abandonar la casa de sus mayores, entendió que D. Pablo estaba ausente. Mostró mucha conformidad, y me dijo que mejor era así. Penetró entonces en el dormitorio principal, se arro-

dilló al pie de un Crucifijo, hizo una oración tierna y fervorosa, besó con respeto la cama en que nació y en la cual espiró también hace pocos meses Doña Felipa, echó una rápida ojeada sobre todos los muebles antiguos que adornaban aquella estancia y.... "vamos" dijo sin inmutarse. Acercaron la litera, me apretó la mano, y... partió.

Sí, y partió nuestro pobre amigo, para no volver jamás.

---